

Iberismos, comparatismos y estudios ibéricos

¿Por qué, desde dónde, cómo y para qué?

Arturo Casas

Universidade de Santiago de Compostela, Galicia, España

Abstract This chapter presents a consideration of Iberian Studies as an emerging field of knowledge, subject to specific conditions and goals. The task is to be carried out at the crossroads between comparativism and the social sciences, with the aim of analysing in particular the relations between Iberisms, Comparative Literature and Iberian Studies. All of this is in connection with two overlapping aspects: firstly, the epistemological reflexivity and the academic and political profile of the participants in this new field of studies; secondly, the disciplinary delimitation of the field itself, which should necessarily incorporate academic, geocultural, ideological and biopolitical aspects.

Keywords Comparative Literature. Epistemological reflexivity. Iberian Studies. Iberisms. Literary history.

Sumario 1 Cuestiones preliminares. – 2 La reflexividad: el acto de enunciar lo ibérico. – 3 La disciplina: describir / narrar Iberia y lo ibérico.

1 Cuestiones preliminares

Las formulaciones recientes de los estudios ibéricos, materializadas a lo largo de los últimos dos decenios desde dentro y sobre todo desde fuera del propio espacio geocultural ibérico, pueden y deben analizarse a la luz de los diferentes objetivos activados y de las correspondientes lógicas en juego. Además, es preciso contemplar esas formulaciones e ideas juntamente con una serie de movimientos alternativos de índole epistemológica, académica y también po-

lítica que materializan programas propios, diferenciados de los que identifican a los estudios ibéricos. Entre esos programas concurrentes los hay de doble carácter: unos son de signo centrípeto, por la indudable persistencia de lo nacional en los estudios sobre literatura y cultura; otros son de signo centrífugo, si bien de alcance más amplio que el ibérico. Esto último debido a dinámicas como las introducidas, por ejemplo, con la emergencia académica de la *World Literature*, o, en otra escala, por la constitución de modelos comprensivos de lo literario y lo cultural incómodos con la reclusión nacional/estatal de los fenómenos y procesos estudiados. Sobre todas estas tensiones comparece asimismo la cuestión del lugar desde el que se propone hacer algo en el campo de alternativas descrito. Se trata de un ‘desde dónde’ locativo, para empezar. Pero también epistemológico y conectado con las políticas del conocimiento y su gestión pública, aunque, ya antes, con el profundo cuestionamiento de programas otrora sólidos, como el de un hispanismo reacio a renovarse en determinados principios. Y, sin duda, muy cerca de lo que se acaba de introducir, es además un ‘desde dónde’ identitario, ideológico y performativo. Para ayudar a entenderlo, me ha parecido potencialmente ilustrativa la observación crítica y contrastiva de los recorridos de los diferentes iberismos históricos y también de las sucesivas crisis de la literatura comparada como disciplina y del comparatismo como método.

En relación con todo ello, el propósito central de las consideraciones que siguen se sitúa en perfilar de forma fundamentada y crítica las lógicas movilizadas, los intereses y objetivos de fondo, las estrategias implementadas y sus consecuencias, así como las elaboraciones discursivas que justifican y legitiman las diferentes apuestas en juego una vez que aparece sobre el tablero la alternativa dada a conocer bajo el rótulo de ‘estudios ibéricos’. Esto significa, como mínimo, perfilar centralmente los objetivos, intereses, elaboraciones, estrategias y lógicas de esos mismos estudios ibéricos postulados como alternativa a algo; unos estudios ibéricos, por otra parte, todavía en fase de concreción, con algunas respuestas por dar y sobre todo con bastantes preguntas pendientes de formulación. Una de las principales, como se enfatizará en estas páginas, es la relativa a la necesidad de que los estudios ibéricos y sus promotores (también sus críticos, sin duda) objetiven y autoanalicen, reflexiva y sistemáticamente, el conjunto de sus propuestas, su propia lógica y su agencialidad.

A fecha de hoy resulta innegable la existencia de una fase reciente de incremento de la producción teórica, programática y también crítica o aplicada en torno a la compleja cuestión de los estudios ibéricos y su situación efectiva como flamante y discutido campo de investigación. Esa producción, más intensificada cuanto más nos aproximamos a la actualidad, según ha destacado Santiago Pérez Isasi (Pérez Isasi, Fernandes 2013, 11-26), se ve y verá reforzada por la potenciación y estímulo de plataformas como IStReS, germen latente de

una nueva agenda iberística, promotora del trabajo en red y de una mejor intercomprensión de las ideas que surgen en diversos contextos alrededor del núcleo señalado.¹ Tales ideas, que aquí no se aspira a revisar bajo ningún principio de exhaustividad, resultan en ocasiones tan controvertidas que llegan a pivotar sobre la propia razón de ser de los estudios ibéricos: su admisibilidad, legitimidad, oportunidad y aplicabilidad.

Cabría conjeturar que esa marca polémica comparezca más bien en discursos con radicación geocultural peninsular,² con adscripción profesional a un saber o una erudición centralmente filológicos³ y/o con un cierto compromiso nacional(ista) o nacional-estatal(ista),⁴ aunque todo lo que se afirma sería susceptible de matizaciones y salvedades, como sobradamente explicita la posición de Joseba Gabilondo, para quien los estudios ibéricos apenas darían continuidad a la lógica del viejo hispanismo, configurándose como su reencarnación o ‘heredero tardío’ (Gabilondo 2013-14, 33). Quedaría en cambio relativamente mitigada, aquella marca, en discursos de signo diferente por incomparecencia de uno o varios de los tres factores indica-

1 La base de datos IStReS, *Iberian Studies Reference Site*, fue presentada en esbozo en 2017 en un encuentro científico celebrado en Norwich por la Association for Contemporary Iberian Studies (ACIS), entidad fundada en el Reino Unido en 1978 que continúa auspiciando la publicación de *International Journal of Iberian Studies*. IStReS se definió en aquel momento como «a database that collects and systematizes the publications that concern the polycentric relationships between the different cultures and literatures of the Peninsula throughout history» (Pérez Isasi, Gimeno Ugalde 2017, 2). Su materialización es accesible en <http://istres.letras.ulisboa.pt> (2018-09-03), página vinculada al proyecto *Mapa digital das relações literárias ibéricas*, desarrollado en el Centro de Estudos Comparatistas de la Universidade de Lisboa en colaboración con el Boston College.

2 O peninsular-insular, si fuera el caso; sin entrar a considerar las especificidades de los archipiélagos de Baleares, Madeira, Canarias y Azores, entre los cuales los tres últimos tienen la consideración de regiones ultraperiféricas de la Unión Europea. La misma que, por ejemplo, la isla de Reunión, al este de Madagascar, lo cual no deja de ser significativo para lo que aquí se trata.

3 Joan Ramon Resina (2009, 176) ha hablado con acierto de la «institucionalización de la filología como disciplina fomentada por el Estado». Véase el capítulo «Hispanismo y Estado», último del libro citado (167-206). Complementétese, a propósito de los llamados ‘sistemas culturales periféricos’ y sus regímenes de producción de conocimiento, con Harrington 2015.

4 Hablar en estos términos –por ejemplo, del compromiso del historiador o del historiador literario con su país– presupone hacerlo, a la recíproca, de una autoridad y de un capital simbólico otorgados, de procedencia nacional(-estatal), con presumible proyección en los campos educativo, intelectual y de producción ideológica. Téngase presente la clave desarrollada por Pierre Bourdieu a propósito del estado como ‘banco central de capital simbólico’, a lo que se añade lo siguiente: «Ainsi se dévoile le caractère ambigu du processus d’où est issu l’État moderne et de cet État lui-même: le processus de concentration (et d’unification) est toujours à la fois un processus d’universalisation et un processus de monopolisation, l’intégration étant la condition d’une forme particulière de domination, celle qui s’accomplit dans la monopolisation du monopole étatique (avec la noblesse d’État)» (Bourdieu 2012, 590).

dos.⁵ Es como si hablar y publicar desde fuera de la península⁶ y algo alejados de sus sujeciones e inercias, o desde una episteme posfilológica, o desde un encaje relativamente distanciado de lo nacional y/o lo estatal, predispusiese al menos a no rechazar de plano la posibilidad de hacer y promover estudios ibéricos, con la orientación que fuere y desde el ajuste con los estudios latinoamericanistas y/o atlánticos que se estimare oportuno. Quizás, aunque no solo, por ser en esas circunstancias otra la autoridad que se reclame y gestione.⁷

Debe notarse, por otra parte, que los discursos favorables a la conformación de un dominio específico y autónomo para los estudios ibéricos, llegan a veces a naturalizar la necesidad u operatividad de los mismos a partir de lógicas no siempre explícitas, de procedencia administrativo-académica, acuciadas por la necesidad del amparo que proporcionaría una red extensa y sólida de investigadores y docentes, o incitadas por la obsolescencia de modelos académicos y metodológicos supuestamente superados.⁸ Esa búsqueda de una garantía de subsistencia y continuidad en una coyuntura adversa trataría de responder a la severa horma neoliberal, que arrasa con todo lo que en la universidad pública no tiene tamaño suficiente para resistir el empuje de unas políticas educativas que perfilan una academia menos autónoma, más precarizada y más sometida a las lógicas del mercado.

Aunque no todo es universidad cuando se habla de educación. Un cuestionamiento infrecuente es el de una posible presencia de los estudios ibéricos –en la escala que concierna y, de nuevo, con las cautelas y debates previos que correspondan– en el currículo de la enseñanza secundaria. Aclararé que no es algo que me parezca

5 Acaso esto mismo sea lo que condujo a la comisión organizadora del Colóquio Internacional *Os estudos ibéricos a partir da periferia*, celebrado en el Centro de Estudos Comparatistas de la Universidade de Lisboa en 2018, a formular en la «Apresentação» del libro de resúmenes cuestiones como las siguientes: «São os estudos ibéricos uma proposta unicamente factível ou relevante fora das fronteiras do Estado espanhol? Em que medida os estudos ibéricos dependem ou assentam no enquadramento académico anglófono?» (Martínez Tejero, Pérez Isasi, Fernandes 2018, 9).

6 *Península*, aquí, como sinécdoque del territorio peninsular más el de las islas de soberanía estatal portuguesa o española mencionadas.

7 La cuestión de la vieja autoridad (o autoritarismo) académica en espacios como el de la hispanística suele ser asunto recurrente –y parece ilustrativo– en las argumentaciones a favor de los estudios trasatlánticos (Ortega 2012, 11-12).

8 Supuesta y probablemente superados. Se habla ahora de una superación que no hay por qué interpretar en términos absolutos de invalidación científica ni de sustitución definitiva de un paradigma por otro. Los factores implicados en ese reemplazo de modelos son múltiples y sujetos a cada coyuntura histórica, como han visto Faber (2008) y Resina (2009, 49-100) a propósito de la situación de la hispanística y sus persistentes dificultades para alcanzar prestigio y proyección en la academia estadounidense. La concentración en unidades académicas de iberística, por otra parte, supondría asiduamente una adyacencia administrativa cruzada por una indiferencia mutua entre los especialistas en las diversas culturas implicadas, según apunte del propio Resina (2013, vii).

oportuno o conveniente implementar. Señalo apenas que desde los estudios ibéricos se ha pensado poco sobre el particular. En todo caso, una de las dimensiones que podría avivarse con ello es la de la ‘conciencia histórica’⁹ aplicada precisamente a la percepción escolar de ‘lo ibérico’ en sus coordenadas histórico-culturales y artísticas, que solo tendría sentido, en mi criterio, si se efectuase sobre fundamentación poscolonial. Como han demostrado Kölbl y Konrad (2015) a propósito del caso alemán, esa conciencia histórica puede sectorializarse, medirse y evaluarse.

Por motivos como estos, configura un reto ciertamente audaz la elaboración de propuestas informadas, fundamentadas e innovadoras en torno al área que conocemos como estudios ibéricos, cuyos perfiles, permitase la insistencia, distan de ser homogéneos en cuanto se observan variables tan simples como esos ‘desde dónde’¹⁰ y ‘para qué’ comparecientes en el título que encabeza estas páginas. Parece legítimo, a esa luz, preguntarse quién(es) y por qué imagina(n) la ‘comunidad imaginada’ a la que hacen referencia los estudios ibéricos. O, siguiendo el hilo recién desplegado, dónde y cómo se posee y se aplica, en un sentido u otro, una ‘conciencia ibérica’ y se procede a postular o inventar su tradición. Porque resulta palmario que lo ibérico sigue siendo una magnitud dispar y asimétrica, casi imperceptible para la mayoría de la población (la ciudadanía en general, pero también, por ejemplo, los medios de comunicación y los agentes culturales), con una distribución territorial, sociocultural, ideológica y etaria más que variable.

Ello justifica, por simple rigor, la exigencia de estar pendientes no solo de los discursos y las razones que se expongan sino además de las posiciones –académicas, institucionales, geoculturales, políticas– desde las que se piensa, imagina y propone, a veces a título indi-

⁹ El concepto se utiliza de acuerdo con lo expuesto en Ercikan y Seixas (2015), y más en concreto con los análisis de Carlos Kölbl y Lisa Konrad (Ercikan, Seixas 2015, 17-28). En el mismo volumen, con apoyo en diversas fuentes –en particular, con desarrollos debidos a Peter Seixas– Catherine Duquette define la conciencia histórica como la interpretación del pasado que permite la comprensión del presente y la consideración del futuro (2015, 53). Esa conciencia sería reflexiva solo si su interpretación del pasado se basa en operaciones cognitivas (*historical thinking*) que aúnan la ‘perspectiva histórica’ –con cinco planos: «historical significance, continuity and change, causess and consequences, historical empathy, and taking into account the complexity of the past» (2015, 52)– y un determinado ‘método histórico’, referido como «deductive approach that requires students to question the past, propose a hypothesis, check the available sources, and analyze sources with respect to their reliability in order to offer a response to the initial question» (52).

¹⁰ En «Los Estudios Ibéricos como estudios literarios: algunas consideraciones teóricas y metodológicas» (Rina Simón 2017, 347-61), Pérez Isasi ha perfilado algunos de los asientos principales del ‘desde dónde’ de los estudios ibéricos. No solo por la presentación de sus dos grandes tradiciones geoacadémicas –la anglófona y la desarrollada desde la propia península– sino además por la introducción de la fundamentación epistemológica, metodológica e incluso ideológica de esas tradiciones y de su posible convergencia.

vidual, colectivo otras.¹¹ Pues parece obvio que en la específica concreción de la heurística que se activa cuando contemplamos la tarea o las metas de toda acción científica o en general cognoscitiva va implícita esa otra concreción, la del lugar epistemológico, académico, institucional y político desde el que se elabora conocimiento y después se comunica o divulga (porque también se habla siempre desde un lugar, desde una cierta posición y desde un 'ethos' retórico¹²) en el seno de una comunidad científica, nacional o de otra clase. La audacia aludida procedería, pues, en lo fundamental de la constatación de una evidencia. La de la enorme dificultad práctica de configurar un discurso público apenas 'técnico' -pronunciado esto desde una cierta ironía- sobre un dominio (disciplinar, académico) en el que las convicciones y sensibilidades individuales, así como los condicionantes comunitarios, corporativos y profesionales (incluida por supuesto la trayectoria de cada uno, la gestión del 'ethos' y del capital académico-simbólico de cada uno), además de los procedentes del aparato institucional, son tan determinantes. Piénsese que ese *ethos*, esa autocaracterización y la autoridad a ella acompasada, forman parte inequívoca del 'desde dónde' y el 'para qué'. Todo ello con incidencia directa en la discursividad activada, que en el campo de los estudios ibéricos (y su revisión crítica) puede constatarse sin dificultad como abiertamente plural. Tanto que acogería en tiempos recientes, *in crescendo*, algo parecido a una 'tradicción de la ruptura' epistemológica y retórico-teórica, algo más viva y acelerada en la parte occidental del Atlántico que en la oriental. Consecuencia inmediata de lo anterior son las propias limitaciones para debatir, de nuevo en escala especializada, razonada o 'técnica', con un sector representativo de las instancias y agentes copresentes con voz propia en ese mismo dominio académico o teórico, que parecería exagerado, tal vez impropio, calificar de *común*.

No se trata de nada nuevo, es cierto. En realidad, lo que se describe es una peculiaridad consustancial a las ciencias sociales desde que estas se constituyeron como saberes más o menos reglados y autóno-

11 Desde hace ya bastante tiempo se ha asumido que la dimensión historiográfica de casi todo proyecto comparatista tiene que pasar de forma obligada por la conformación de equipos amplios de investigación. La historiografía 'de autor' es vista en consecuencia como residuo anacrónico, habrá que ver -es dudoso- si para siempre.

12 Por tanto, desde lo que el propio Aristóteles entendía en su *Retórica* como 'autocaracterización', concepto próximo a la *presentation of self* de la sociología de Erving Goffman y a los desarrollos del análisis del discurso y de la argumentación por parte de autoras como Ruth Amossy, quien entiende el *ethos* como «une dimension intégrante du discours» (2010, 7). Si bien no es factible detenerse en ello en este momento, todo lo anterior es de aplicación directa a lo que aquí se examinará como reflexividad, pero también lo es para una aproximación a las identidades comunitarias y a la construcción de un *ethos* colectivo, nacional, profesional, académico o de otra índole (Amossy 2010, 156-82), el de la comunidad de especialistas en estudios ibéricos, por caso.

mos en el siglo XIX.¹³ Algo igualmente palmario –disípese cualquier reserva– es que el hecho de detectar y formular este asunto no sitúa al enunciador, el que fuere, al margen o por encima de ese campo de condicionantes y tensiones. Admitirlo y declararlo abiertamente podría ser una buena forma de empezar a hablar, en particular porque contribuiría a mitigar uno de los visos más delicados a la hora de constituir una nueva área de trabajo o estudio, el de la confianza mutua. No tanto una confianza o desconfianza entre individuos, entre personas con oficio y rigor en su desempeño científico, sino de algo distinto, situado en otro plano. Porque el problema es el de la agencia en un dado campo epistémico, académico, político...; en suma, el de los usos y performatividad de los discursos constituidos, sean estos o no de perfil eminentemente historiográfico-identitario, asuman o no de modo declarado una cierta marca ideológica o comunitaria de partida, que sería ingenuo pensar que pueda no comparecer en este plano. Y en cualquier plano, habría que matizar, si aceptamos con Mijail Bajtin que todo lenguaje es lenguaje social en un ‘medio ideológico’, que todo signo es signo ideológico y que la conciencia humana es, antes de nada, social. Todo ello ya antes de delimitar a qué podrían o deberían referirse en tanto objeto esos estudios ibéricos y a una determinación correlativa de primer orden que enseguida se introducirá.

El objeto: ¿quizás en especial la literatura?; ¿la suma de la literatura y las artes?; ¿la cultura en general?; ¿sus ‘modalidades’, por emplear ahora el inseguro rótulo habilitado por Resina (2013)?;¹⁴ ¿todo lo que de algún modo podría constituirse como zona de atención de las ciencias sociales, incluida si se quiere –y debería quererse– la historia?¹⁵ Pero recuperemos lo anunciado como determinación correlativa de todo lo anterior. La cuestión es el régimen dispositivo previo de esos posibles objetos de conocimiento de los estudios ibéricos. Por concentrar la ejemplificación en solo uno de ellos, seleccio-

13 Con frecuencia, quien investiga en ese campo (economistas, sociólogos, políticos...) se sabe parte del asunto analizado, de forma que la objetivación de la propia observación y de las condiciones en las que se realiza, y en definitiva de su puesta en discurso científico o técnico, es a menudo un cometido no carente de tensiones. Se trata de un asunto observado por Norbert Elias ([1956] 1990, 9-60).

14 «From an Iberian studies perspective, culture appears as a modality of being or, better yet, a transitional stage in the historical relations among social agents in peninsular space» (Resina 2013, 14).

15 Considérese lo que, de modo bastante ilustrativo, aparece consignado en la página web oficial de la Association for Contemporary Iberian Studies como tareas específicas del organismo: «The aims of the Association shall be to promote and advance the study of social, cultural, economic and political aspects of contemporary relevance to the Iberian area, together with its languages» (ACIS 2013, 1). En otra escala, resulta asimismo elocuente lo que recogen los estatutos de la Asociación Internacional de Estudios Galegos (AIEG) en su artículo 3, apartado b, cuando se señala como finalidad de la entidad «Propiciar o intercambio entre as/os estudosas/os das diversas disciplinas que se ocupan da *realidade galega*» (AIEG, s.d., 1; cursivas añadidas).

nemos la literatura. ¿Qué es lo que habría de estudiarse: la literatura 'de' la Península Ibérica o la literatura 'en' la Península Ibérica? Cuestión esta última homóloga a la siguiente: ¿la historiografía literaria tiene que prestar atención a la literatura de un determinado dominio (de una nación, por ejemplo) o a la literatura en ese dominio? La primera opción suele conducir a lo que pudiéramos llamar historias literarias de 'sistemas únicos', algo que solo existe como entelequia. La razón procede del hecho de que en todo espacio conviven, lógicamente en conflicto, varios sistemas, no todos del mismo tamaño y pujanza. Reducirlos por decisión heurística, ideológica o de otra índole tiene sin duda consecuencias. La principal es que lo excluido (tal o cual sistema) sea interpretado no ya como irrelevante sino incluso como inexistente.

Y todavía una cuestión más, capital por lo que tiene de programática: ¿es ineludible una formalización de naturaleza historiográfica si se desea hacer estudios ibéricos?; ¿es ineludible, a fin de cuentas, el relato?; ¿un relato (aun de condición polifónica) de coincidencias (epocales, estéticas, estilísticas) y de yuxtaposiciones consecutivas más que de relaciones, concurrencias, conflictos (conflictos, por ejemplo, de repertorios, públicos, instituciones, mercados, identidades..., también de 'conciencias ibéricas')? Porque esa tiende a ser, o tendió a ser, la fórmula más socorrida, al menos en lo acotable como estudios (literario-)comparados ibéricos. De manera tácita, la opción por defecto. No tanto, probablemente, en planificaciones de la investigación ibérica como la perfilada por Resina (2009, 2013), quien resalta dos factores definitorios: su intrínseca relacionalidad y su impugnación de los campos culturales monolingües fundamentados en la preeminencia del estado-nación y su proyección colonial (Resina 2013, vii), lo que no impide al autor considerar que los estudios ibéricos puedan contemplarse como un subcampo de los estudios comparados (11).

Volviendo a la serie de interrogantes, tal vez habría que preguntarse de paso sobre el 'por qué' y el 'para qué' de los estudios ibéricos. Porque toda historiografía, también la de impronta comparatista, aspira a tener consecuencias, efectos.¹⁶ Por otra parte, la tarea resulta particularmente intrincada (y por tanto atractiva) si se asume, como aquí se hará, que el comparatismo académico más tradicional -en buena medida hegemónico todavía, aquel en cuya epistemología no se integraron las vertientes políticas, identitarias e ideológicas aparentemente consustanciales al caso ibérico, y por tanto tampoco sus conflictividades cruzadas- quizás haya dicho ya todo lo que es-

16 Tal vez por esto mismo haya titulado Lucien Febvre uno de sus más reconocidos libros *Combats pour l'histoire* (1953). Y por algo parecido haya postulado Michel Onfray (2006), en sus reflexiones para una contrahistoria de la filosofía, que la historiografía es una 'polemología', en tanto lo que hace es gestionar la información y subrayar (o silenciar) lo que se desea (o no desea) evidenciar.

taba capacitado para decir. No, por supuesto, en el plano del detalle (este, aquel), del análisis en pequeña escala, del estudio de caso; sino en otro no solo más ambicioso sino también imprescindible si se aspira a alcanzar rigor, objetividad y quizás ante todo pertinencia.

Pienso sin duda en el método, en el 'cómo' de los estudios ibéricos, asunto al que, pese a los innegables avances registrados en realizaciones de peso,¹⁷ sigue pareciendo necesario volver para ahondar y clarificar horizontes, funcionalidades y alternativas acompañadas al propio rumbo y ritmo de un pensamiento crítico. Y también en el 'por qué', pues de lo que se trataría, a la vez, es de explorar el que pudiera ser uno de los telones de fondo más tupidos en el recorrido histórico de las preocupaciones por 'lo ibérico'. Justamente, la serie de los distintos iberismos históricos -su oportunidad y oportunismos, claro, pero ante todo sus discursos y tomas de posición-, sin perder en ningún caso de vista las respuestas críticas, incluso antitéticas, recibidas, a veces bajo formulaciones declaradamente 'anti-iberistas', otras desde la indolencia intelectual y muy a menudo desde la consideración de que se trataba de lógicas ajenas al proyecto asumido en cada caso (identitario, nacional, estatal, aun imperial). Y esto pese a los ostensibles vínculos entre los iberismos ochocentistas (y los de la entrada en el siglo XX, como deja ver el curioso recorrido 'peninsularista' de António Sardinha) y el final de la larga aventura imperial de las monarquías portuguesa y española (Rina Simón 2017, 138-290).

De modo que son precisamente aquellas problemáticas y conflictividades, aquellos y estos conflictos de hoy mismo, aquellos y estos discursos y tomas de posición,¹⁸ los que tendrían que aparecer -al menos 'aparecer' con una cierta entidad al lado de otras consideraciones valoradas como pertinentes- en la agenda de cualquier aproximación a los estudios ibéricos. Si permanecemos en operativos sociológicos y entendemos lo que significa la autonomía relativa del campo académico respecto al campo del poder (Bourdieu 1984) y al

¹⁷ Singularmente representables por los dos volúmenes de *A Comparative History of Literatures in the Iberian Peninsula* (Cabo Aseguinolaza, Abuín González, Domínguez 2010; Domínguez, Abuín González, Sapega 2016), precedidos por lo compilado en un libro anterior de carácter metodológico (Abuín González, Tarrío Varela 2004).

¹⁸ Se trata de nuevo de tener presentes los usos y efectos públicos de casi toda historiografía, en especial, aunque no solo, de la de base narrativa. Recuérdense reflexiones como las debidas a Walter Benjamin en el ensayo originalmente titulado «Literaturgeschichte und Literaturwissenschaft», distante y severo con la tradición historiográfico-literaria alemana. Benjamin ([1931] 1999, 464) asegura en ese lugar que lo que realmente competiría al historiador literario no es reducir las obras a su contexto histórico sino tener la capacidad de trazar la dialéctica entre ese momento y el que corresponde al presente de quien lee e interpreta. De quien lee e interpreta no solo obras, complementaré, sino también lo que Bourdieu (1991) estudió como *espacio de los posibles, tomas de posición o lógica de campo*, por ejemplo. En definitiva, todo cuanto gira en torno al núcleo referido de conflictos y discursos, alcanzando relevancia máxima la lucha por el control del campo (entre otros, el académico) y el capital correlativo en juego.

campo de producción ideológica, habrían de estudiarse, en paralelo con lo anterior, la lógica, determinaciones y principios de jerarquización de ese campo académico.¹⁹ Se estaría desplegando así un índice de atenciones insustituible para una comprensión dialéctica de las fuerzas y programas concurrentes. Y en dos planos, además, imbricados y mediados ambos con/por factores identitarios e imagológicos, pero distintos. Primero, el de los hechos y las relaciones; segundo, el de su relato y representación por parte de la historia y las demás ciencias sociales. Todo ello cruzado de forma transversal por dos vectores, el nacional y el estatal, el primero bastante frecuentado por los especialistas; el segundo, el Estado y su razón,²⁰ con tendencia a obviarse o camuflarse.

Regresemos de modo esquemático a las claves principales hasta aquí barajadas. En realidad, podrían verse como dialécticas abiertas entre posiciones que no es sencillo conciliar. Por una parte, la existente entre el rechazo y la normalización de los estudios ibéricos en función de criterios varios –incluidos los de legitimidad, pertinencia, operatividad y oportunidad– y de las diferentes esferas de debate –la académica, la profesional, la institucional, la identitaria, la ideológica–, junto con otras vertientes con incidencia en el asunto. En segundo lugar, la dialéctica dada entre las comprensiones nacional/estatal, supranacional, posnacional e incluso mundial de la cultura y la literatura, ciertamente afectada por el lugar desde el que se hable y por tensiones culturales y políticas vinculadas con la nostalgia de un relato común normalizado –muy persistente en la actual coyuntura española (Delgado 2014)– y con el grado de reconocimiento mutuo entre las distintas culturas nacionales y en su caso estatales y regionales. Tal reconocimiento no hay por qué presuponerlo gestionado, ni fuera ni dentro de las coordenadas académicas, desde la equidad, el desinterés o la simetría. Más bien todo lo contrario, habida cuenta del hecho irrefutable de que bajo ciertas condiciones de conflicto identitario suelen verse reforzadas las estrategias de debilitamiento

19 Intelectuales y universitarios, dotados de un determinado capital cultural y simbólico, se situarían en el campo del poder, pero en su polo inferior, motivo por el que suelen ser caracterizados por Bourdieu como fracción dominada de la clase dominante.

20 Resulta oportuna en este sentido la reciente publicación del dossier coordinado por Marcelo Topuzian «Literatura y Estado» (2018). En la presentación se resalta con tino que literatura y Estado mantienen «vínculos de conveniencia mutua», para advertirse de inmediato que tampoco en este campo, ni en el de su relativa historiografía, debieran subestimarse ingenuamente los poderes del Estado: «Cuando exploramos las facultades de representación de la literatura, cuando destacamos sus dotes de figuración e incluso pre-figuración de lo social, cuando revisamos sus capacidades de articulación identitaria colectiva, cuando enfatizamos su vínculo privilegiado con las lenguas, que hoy todavía no pueden pensarse sino como nacionales, invisibilizamos otras historias posibles de la literatura que tienen que ver más con su rol en la factura de ese principio más o menos inefable –a pesar de ser dicho y redicho– de acción política que es el Estado» (Topuzian 2018, 4). Véase también el capítulo de este autor en este mismo volumen.

de la(s) identidad(es) otra(s). Finalmente, la dialéctica existente entre las disciplinas, las metodologías y los referentes epistemológicos en juego, con la cuestión crucial del ajuste entre saberes y discursos; por ejemplo, para situar las propuestas concretas (práctica docente y programas, publicaciones, encuentros científicos) bajo coordenadas comparatistas, positivistas, historicistas, sociológico-culturales, feministas, poscoloniales, decoloniales, relativas a la subalternidad o de otra índole identificada como plausible por unos u otros. Todo ello cruzado siempre, hay que reiterarlo, por la alargada sombra del Estado, densa en cualquier sistema universitario que se contemple; densa, asimismo, según lo señalaba Gilles Deleuze, ya en todo sistema escolástico de pensamiento y en sus proyecciones historiográficas, comenzando por la propia historia de la filosofía (Canavera 2012, 24).

Dicho lo anterior como preámbulo prolijo, pero a la vez necesario, convendría centrarse ya con algún pormenor en los planos anunciados en el título de estas páginas. Se trata de dos niveles distintos. El primero es el de las relaciones entre estudios ibéricos, comparatismos e iberismos. El segundo plantea preguntas centradas en los antecedentes y consecuencias de las relaciones señaladas y en la ulterior materialización de los estudios ibéricos, en coordenadas específicas y con objetivos también específicos, como área de conocimiento emergente. Se hace a la vez inexcusable, en función de lo comentado sobre la historia y el presente, una mínima consideración sobre el hecho irrefutable de que cualesquiera coordenadas históricas –también las del presente– son dinámicas, cambiantes... Las nuestras, hoy, también. Se constata al tratar de gestionar los interrogantes que abre, no solo en términos políticos, el proceso catalán de estos años y la respuesta del Estado español, muy en particular teniendo presentes los acontecimientos del otoño de 2017 en Cataluña y en Madrid.

Cuando hablamos de estudios ibéricos existen por otra parte dos cuestiones dignas de una consideración explícita. Se haría preciso tratarlas incluso en una fase previa a la especificación de lo que en definitiva se desee formular como propuesta concreta, sea donde fuere y con los condicionantes que hubiere. Los dos aspectos, interrelacionados y anticipados en parte en las páginas anteriores, pueden identificarse del modo siguiente: 1) la reflexividad epistemológica y el perfil (no solo académico) de los participantes o agentes en el campo de los estudios ibéricos, y 2) la cuestión disciplinar y transdisciplinar, con la correspondiente delimitación geocultural y geopolítica de los estudios ibéricos postulados, sin perder de vista sus implicaciones y sustentos biopolíticos. A partir de lo expuesto, se comprenderá que la cuestión pivote entre el comparatismo y las ciencias sociales. Dos esferas, por cierto, menos convergentes en la circulación en boga del conocimiento literario –y en las propias prácticas que reconocemos como estudios ibéricos– de lo que Eva Kushner (1992) preveía hace un cuarto de siglo como corrección inminente de los estudios

literarios para equipararse al autoexamen crítico asumido por otras ramas del conocimiento humanístico desde mediados del siglo XX, incluso antes. Como he expuesto en otros lugares, se hace necesario asimismo considerar el modo en el que pueda ser incorporado a una agrupación como la representada por los estudios ibéricos –en particular, de optar por desarrollarla bajo criterios historiográfico-comparados– todo lo relativo al diálogo entre sociología e historia, que, en línea con el pensamiento de Norbert Elias y Pierre Bourdieu, entiendo ineludible propiciar. Toda historiografía debería estar atenta a la sociología. De igual modo, no hay espacio para una sociología no histórica o deshistorizante, por mucho que en ese terreno persistan tradiciones teóricas que ni siquiera han percibido el sentido de la modulación funcionalista introducida por Talcott Parsons hace medio siglo a propósito del dinamismo de los sistemas sociales, decisiva para el pensamiento de Niklas Luhmann y para el desarrollo de metodologías empírico-sistémicas aplicadas al estudio de la cultura y la literatura. Llevado al terreno actual, de lo que se trataría es de que la historiografía literaria, de tipo comparado o no, quisiera y supiera dialogar al menos con la propia sociología de la literatura, tanto con la de matriz empírica como con la que sin renunciar a esa marca asume el legado de Marx, Weber, Mannheim, la teoría crítica o el propio Bourdieu y sus críticos.

2 La reflexividad: el acto de enunciar lo ibérico

Según lo que se acaba de indicar, el primer aspecto afecta a la ‘reflexividad epistémica’, en el sentido otorgado a la expresión por Bourdieu y Wacquant ([1992] 2005), que en lo básico tiene que ver con la necesaria objetivación del sujeto objetivante, pero que acaba teniendo implicaciones directas en las decisiones sobre aquello que puede/debe atenderse; por cuanto, como señala Bourdieu (en Bourdieu, Wacquant [1992] 2005, 75), las categorías impensadas del pensamiento acaban por delimitar lo que es pensable y en definitiva predeterminan el pensamiento. Aquí habría que atender, por supuesto, todo lo relativo a las implicaciones y condicionantes de la investigación emprendida, al marco desde el cual se produce esa investigación y a su performatividad y contradicciones también.

Formulemos algunas precisiones a fin de evitar un exceso de abstracción. Hablar de reflexividad epistémica presupone asimilar cuestiones elementales descritas por Norbert Elias a partir de un artículo de 1956 ya aludido, «Problems of Involvement and Detachment» ([1956] 1990). En él se destaca el hecho cierto de que todo científico social está atrapado en el dilema dado entre el compromiso (científico, ideológico, de credos diversos...) y el imprescindible distanciamiento objetivador de la realidad social de la que se aspira a dar

cuenta. En realidad, por aplicación directa al fenómeno historiográfico, esto era algo en lo que hacía hincapié ya Johann M. Chladenius nada menos que a mediados del siglo XVIII, cuando publicó su *Allgemeine Geschichtswissenschaft* (1752), libro de referencia para entender el proceso que condujo a aceptar, fundamentalmente por parte de la filosofía de la historia alemana, que aunque los hechos históricos sean únicos su representación en forma de enunciado historiográfico es aceptable que sea diversa y múltiple, entre otros motivos por la legitimidad de que el historiador aplique un ‘punto de vista’ organizador de su propuesta²¹ (Koselleck [1975] 2004, 113-26). De todos modos, Elias destaca algo que habitualmente se olvida cuando nos situamos en el terreno algo mistificado de la ‘entrega’ a causas como la del conocimiento o la ciencia. En concreto, que la lógica del campo académico, pero ya antes la propia trayectoria personal o vital de los investigadores, condiciona la simple percepción de los fenómenos sociales por parte de estos (Elias [1956] 1990, 23-8). Es diáfano cuando pregunta:

¿Cómo podría evitarse, bajo estas circunstancias, que su experiencia de sí mismos como representantes de un credo social y político que puede estar en peligro, como miembros de una nación, un partido, una iglesia o una secta que pugnan con otros grupos semejantes, esté fuertemente marcada por emociones, por su compromiso personal? (26)

Aquí es donde resulta más oportuna la referencia por parte de Bourdieu a la reflexividad epistemológica, entendida en primera instancia como conveniencia de aplicar de modo sistemático hacia uno mismo, en tanto especialista o investigador, las herramientas analíticas de la sociología; y entendible, en un segundo nivel, como la convergencia de tres planos auto(socio)analíticos (Bourdieu, Wacquant [1992] 2005, 73-83), el más importante de los cuales –el específicamente bourdieusiano– es sin lugar a dudas el tercero. Esos tres planos son los siguientes: 1) el de las coordenadas socioculturales e identitarias del investigador en cuestión; 2) el de sus coordenadas académicas, tanto en lo referido a la posición que ocupa en el campo concre-

21 Desde los presupuestos de una historia posmoderna, receptora del pensamiento deconstruccionista, Alun Munslow, entre otros, va bastante más allá al proponer que la historiografía futura requerirá «a move from the ideal of objectivity to an understanding of the nature of the historian as a subjective, emotional and creative creature who is willing to understand history as primarily a task of aesthetic expression» (Munslow 2010, 221). Es significativo el hecho de que el pensamiento de Leibniz, también relevante para entender posiciones como las de Hayden White o Frank Ankersmit, representantes del giro lingüístico en la filosofía posmoderna de la historia, sea el que fundamenta ya la teorización y defensa del ‘punto de vista’ del historiador por parte de Chladenius.

to de su especialidad como en el referido a su posible relación con el campo del poder y sus subcampos;²² y 3) el de las tensiones existentes entre una lógica de la práctica –que sería la útil– y una lógica teórica o escolástica, entendida esta última como la propia de un intelectualismo que induciría a contemplar y analizar el mundo como si este fuera un mero espectáculo o, en todo caso, como un «conjunto de significaciones a ser interpretadas en lugar de un haz de problemas concretos de resolución práctica» (Wacquant, en Bourdieu, Wacquant [1992] 2005, 74).

De fondo, esta es la razón por la que me pareció útil integrar en el título de estas páginas la dialéctica existente entre iberismos, estudios ibéricos y comparatismos aplicados al espacio cultural ibérico. Se trata de una cuestión en alguna medida interpretable, y acaso resulte polémico, en los siguientes términos: ¿implica todo comparatismo iberístico la preexistencia, como mínimo latente, o incluso la prevalencia, de un iberismo sustentado en la comparación histórica y geocultural? Difícilmente puede ser monolítica la respuesta que se ofrezca a esta cuestión, que no es exactamente equiparable a preguntarse si para hacer estudios ibéricos hay que participar, de algún modo, de idearios iberistas, o haya que incorporarse a aquello que Antonio Sáez Delgado denomina «*continuum* ibérico» (2014, 30) o «genealogía iberista» (26, *passim*). En cualquier caso, parece pertinente indagar, de acuerdo con lo que se acaba de señalar, si estas preguntas se inscriben en una lógica escolástica, sin otro horizonte, o si conectan de algún modo con una lógica de la práctica y aspiran por tanto a alcanzar alguna clase de objetivo asociado con alguna clase de problemas.

Lo primero sería reconocer la enorme diversidad interna mostrada por los textos clásicos del iberismo y por los asociables a los desarrollados después como iberismos políticos, culturales, espirituales/sentimentales..., condicionados siempre por factores coyunturales ya desde sus inicios (eso que bien podría llamarse ‘protoiberismo’, representable en textos del siglo XVIII, como los debidos al padre Feijoo o al abate Marchena).²³ La cuestión aquí, por tanto, consiste en estar advertidos sobre el error de aceptar que ‘iberismo’ signifique una cosa y solo esa cosa. Entre aquellos textos clásicos, por aclararnos, estarían por ejemplo los de Latino Coelho, Barbosa Leão, Teixeira de Pascoaes, Figueiredo, Pessoa, Valera, Clarín, Unamuno, Sini baldo de Mas, Prat de la Riba, Ribera i Rovira, Maragall, Castelao,

22 Y previamente con el campo de producción ideológica asociado con el campo del poder, a menudo legitimador por vía discursiva de las decisiones ejecutivas que los poderes implementan.

23 Respecto de todo ello se hace absolutamente necesaria una historia crítica del iberismo capaz de incorporar, como mínimo, las claves políticas de cada coyuntura.

Villar Ponte, Viqueira, Álvaro de las Casas, Pla o Gaziel. En términos conceptuales, por cierto, ‘iberismo’ tampoco acabará poseyendo un valor semántico-pragmático único entre iberistas más recientes, desde Félix Cucurull hasta Miguel Torga, o, entre otros, José Sarago y su *trans-ibericidad* asentada en un examen poscolonial (de alguna manera expuesto en *A jangada de pedra* como un adiós a cierta idea de Europa) o César Antonio Molina. Lo propio podría señalarse en relación con los especialistas en la historia y actualidad de los iberismos. Siempre resultan ser complejas las redes conceptuales trabadas, enmarañadas las capas que responden a análisis, imaginaciones, (pre)juicios, empeños. Es algo que constataría sin mayor dificultad un análisis crítico del discurso que sacase a la luz aspectos no siempre declarados objetivamente, aspectos no observables en un plano fenotextual.

A ese conjunto de notas es a lo que bien pudiera llamarse, con Julia Kristeva (1969) y Roland Barthes ([1973] 2018), ‘significancia’ del discurso, una red en principio asistemática, intertextual, afectivo-sensorial y no plenamente consciente que produce significación sin acabar de agotarse y sin que se pueda delimitar ni segmentar fácilmente en tal o cual lugar del texto; esto último porque, en lo básico, como señaló Barthes, la significancia compete a la enunciación y no al enunciado (como sí la significación). ¿A qué se hace referencia precisa al afirmar que se podrían aplicar herramientas analítico-discursivas a la producción textual del iberismo y de igual modo a la clasificable como promotora de unos estudios ibéricos (o a esos estudios de suyo)? Muy sencillo: por ejemplo, a tratar de observar en qué medida cuando se practica o activa el comparatismo iberístico – fuere o no con determinación historiográfica – se fundamenta iberismo, alguna clase de iberismo. No se sugiere que se haga tal cosa al estilo de un Teófilo Braga, un Menéndez Pelayo, un Fidelino de Figueiredo. Se trata de algo distinto, en lo que no hay por qué dispersarse ahora mismo y para lo que importa establecer prudente contraste con una advertencia, bastante expresiva, debida a Pérez Isasi en el momento de presentar el estado de cosas en el emergente campo de estudios de las relaciones interculturales e interliterarias ibéricas:

Estas aproximaciones a los diálogos ibéricos, si bien se enfrentan inevitablemente a cuestiones políticas como la identidad colectiva, o la relación entre poder y discurso, no tienen, en cambio, una agenda política en su sentido más obvio (es decir, el de la defensa de la unificación de España y Portugal) ni promueven un nuevo nacionalismo esencialista que sustituya a los actualmente existentes: en otras palabras, *los Estudios Ibéricos no son un caballo de Troya para pretensiones iberistas*. (Pérez Isasi 2014, 66; cursivas añadidas)

Sin disentir del fondo de lo afirmado, parece oportuno dejar anotadas ciertas reservas. Es cierto que hay indicios aparentes de que podría estar concluyendo el largo ciclo de los esquemas historiográfico-literarios de fundamento nacional (Hutcheon, Valdés 2002, 3-49) y que eso mismo constituye una invitación para sobrepasar esa delimitación en un sentido inter-, trans- o posnacional que, entre otros, los estudios ibéricos podrían habilitar y explorar.²⁴ A esto mismo se ha referido en otro lugar el mismo autor (en Pérez Isasi, Fernandes 2013, 11) para justificar la necesidad de consolidar los estudios ibéricos por la existencia de una serie de fenómenos literarios, artísticos y culturales que propiamente no podrían ser entendidos y explicados «desde una perspectiva nacional». Sin embargo, una cosa es esto y otra distinta que esos fenómenos si pudieran o debieran explicarse bajo una óptica estrictamente atenta a las dimensiones ibéricas; y no, por ejemplo, a las dimensiones europeas, o a las de su centrismo mediterráneo (en el sentido señalado por Dionýz Ďurišin), o a las trasatlánticas, o a las poscoloniales, sin complicarnos más en este momento. Por su claridad, reproduzco una consideración diríase que irrefutable de Antoni Martí Monterde:

Neither by tradition, nor by consequence, nor by circumstances does the international dimension of Catalan literature inevitably pass through the Iberian peninsula, nor can it be limited to that space. If we are to limit Catalan literature to the peninsula, we can only do so politically. (Martí Monterde, en Resina 2013, 65)

Existe otra particularidad que parece conveniente considerar, sin salir todavía de la órbita de la reflexividad epistémica. Los estudios ibéricos no se están desarrollando sobre lógicas uniformes allí donde arraigan y cosechan un cierto éxito, y por consiguiente su vínculo con los iberismos, pero también con la ubicuidad esencialista de los dos estados ibéricos (si se me permite girar la expresión de Pérez Isasi), es lógico que resulte bastante variable. En ocasiones, como a menudo en las universidades anglosajonas –se comentó ya antes–, se favorecieron los estudios ibéricos para congregarse unidades de investigación y docencia algo más resistentes contra el acoso a las humanidades. Otras veces, las agrupaciones se situaron en proximidad con la lógica de los Area Studies, incorporando objetos de atención usualmente asumidos por las ciencias sociales. El iberismo quedaría reducido en estos casos a un ítem entre otros ofrecido a la pesquisa investigadora.

24 A condición siempre de que las lecturas trans- o posnacionales, poscoloniales o decoloniales no refuercen, por activa o por pasiva (que todo puede ser), la hegemonía de una cierta literatura nacional/estatal ante otras, o de una nación sobre otras. El desarme identitario-cultural, lo mismo que el nacionalista, o es simétrico y de doble sentido o es tramposo.

Para avanzar es necesario ampliar el foco y tratar de contemplar el vocablo 'iberismo', sus usos, en correlación con otros de diámetro más amplio. 'Europeísmo', por caso, aun teniendo presente que bien pudieran incorporarse a la serie otros como 'atlantismo' o 'cosmopolitismo', todos bastante marcados en sentido político dependiendo de en qué discurso se inscriban. En general, forma parte de una cierta tradición académica incorporar casi como máxima que el comparatismo representa unos ideales de concordia entre las naciones y las culturas. La literatura comparada, sobre todo la de vehiculación historiográfica, ha insistido bastante en esa clave, que tiene toda la apariencia de ser plausible. Una buena parte de la serie historiográfica dirigida desde hace años por el Comité de Coordinación para una Historia Comparada de las Literaturas en Lenguas Europeas de la Asociación Internacional de Literatura Comparada (AILC) fue justo en esa línea.²⁵ Quizás donde mejor se puede ver es en los volúmenes de los que se responsabilizaron como editores Marcel Cornis-Pope y John Neubauer (2004-10) bajo el título *History of the Literary Cultures of East-Central Europe*. Conscientes de entrada de la notable dificultad de poner nombre a esa parte amplísima del continente que se sitúa entre la cultura germánica y la rusa, entre el Báltico y el Mediterráneo, y que comprende entre otras regiones nada menos que los Balcanes, los editores reforzaron la axialidad de una convicción: la historia literaria comparada no puede (ni debe) resolver por sí misma los problemas políticos, a menudo profundos y de larga trayectoria histórica, de esa región de Europa, pero, en primer lugar, tampoco puede ignorarlos (Cornis-Pope, Neubauer 2002, 18), y, en segundo término, maneja herramientas discursivas, académicas, institucionales y de otra índole que permitirían pensar en objetivos moral y políticamente deseables²⁶ para una zona tan convulsa de Europa (2002, 22). Por eso mismo afirman lo siguiente: «A literary history of East-Central Europe will make sense if it furthers, however little, the communication between the peoples of East-Central Europe» (22).

25 No deja de ser curioso que las menciones al iberismo dentro de esa misma colección de la AILC, y en concreto en los dos volúmenes que ya fueron citados, sea mínima. Aparecen referencias centradas en apenas tres trabajos de un total de casi un centenar, dos en el primer volumen (Cabo Aseguinolaza, Abuín González, Domínguez 2010, 138-62 y 641-52) y uno en el segundo (Domínguez, Abuín González, Sapega 2016, 282-92); respectivamente, «Identitarian Projections: Between Isolationism and Reintegrationism», a cargo de Thomas Harrington; «The Dialogue of Iberian Literary Nationalisms (1900-50)», firmado por José-Carlos Mainer; y «The Essay», debido a Enric Bou y Ángel Otero-Blanco. Algo bastante diferente, ya en términos de proporción, ocurre en el volumen *Looking at Iberia. A Comparative European Perspective* (Pérez Isasi, Fernandes 2013).

26 Son reflexiones recientemente asumidas, en ese aspecto concreto (no en otros), y reorientadas en un sentido global europeo para la construcción de una nueva Europa, precisamente por la actual presidenta del Comité de Coordinación para una Historia Comparada de las Literaturas en Lenguas Europeas recién mencionado, Karen-Margrethe Simonsen (2015).

Pero volvamos a la cuestión de fondo a este propósito, cuya traslación a las coordenadas ibéricas constituiría una incitación difícilmente eludible. En concreto, la cuestión es la siguiente: ¿es necesaria alguna clase de posición europeísta, entre afectiva e ideológica, para pensar una nueva Europa en términos de comparatismo cultural? ¿O será preferible obviar esas pautas y tratar de pensar, por ejemplo, desde un cosmopolitismo político (en el sentido otorgado por Ulrich Beck), sea o no posnacional su condición? ¿O desde una referencia a la literatura mundial que se sitúe en un espacio decididamente transnacional con todas las salvaguardias que esto exija? ¿O desde una óptica poscolonial, decolonial, diaspórica, desterritorializada? No es fácil responder. Es más, se diría que lo juicioso sería el escepticismo en relación con casi cualquier respuesta a estas preguntas. Cerrando la lente un poco cabe preguntarse todavía si es precisa alguna clase de europeísmo/iberismo para desarrollar unos estudios ibéricos centrados en la cultura y la literatura. Otra forma de contemplar el asunto conduciría a la pregunta de si es necesaria alguna causa legitimadora de índole política para el asentamiento (atención: no exclusivamente académico) de unos estudios ibéricos.

Se diría que en determinada altura histórica algunos iberismos quisieron hacer esto mismo. El problema es que los iberismos ibéricos nunca fueron igualitaristas sino más bien jerarquizantes. A día de hoy a nadie se le escapa que los iberismos los cargaron no solo personas bienintencionadas, probos intelectuales, agrupaciones políticas y culturales de intachable recorrido democrático..., sino en ocasiones también 'el diablo', por concentrar en esa figura aquí y ahora a quienes sirvieron estructuras de poder y dominación como las surgidas por ejemplo del Pacto Ibérico, vigente entre 1939 y 1978 por la existencia de intereses y temores comunes entre los regímenes de Salazar y Franco (Sardica 2013, 123-266). Quedémonos, sin ir más lejos, con la serie de volúmenes *Amor a...*, firmada por Ernesto Giménez Caballero, iberista a su modo, que incluye títulos como *Amor a Cataluña* (1942), *Amor a Galicia, progenitora de Cervantes* (1947) y *Amor a Portugal* (1949), entre otros.²⁷ Por supuesto, no todo iberismo consueña con esta clase de discurso. El ejemplo es apenas un extremo delirante de lo que intento argumentar, aunque corresponde a un intelectual muy destacado de una etapa particularmente rica

27 En títulos como los citados el autor llegó a desarrollar claves textuales situadas entre el dislate estafalario y la tosca caricatura, germinadoras de clichés e imágenes regionalizantes (también de comprensiones historiográficas de 'lo español', 'lo hispano' y 'lo ibérico') de larga trayectoria y productividad, ellas mismas u otras afines, durante el franquismo y parte del posfranquismo. Del tipo de esta que sigue, por caso: Cervantes, y por extensión se diría que España, habrían sido el resultado, aparentemente aritmético, de dividir «por lo meseteño» la suma de la «progenie galaica» más «el contacto andaluz» (Giménez Caballero 1947, 22).

de las letras españolas y por supuesto a un nacionalista/imperialista igualmente destacado.

En el fondo, parecería que la ausencia a menudo clamorosa de referencias a los iberismos por parte de los especialistas en estudios ibéricos tendría que ver con que toda esa retórica de fondo, esas narrativas jerarquizadoras y nacionalistas/estatalistas, desarman por la base cualquier intento de consolidación de una fundamentación epistemológica o académica homologable en sentido comparatista y aceptable en sentido histórico/historiográfico. Y esto por lo que afecta a quien, desde el comparatismo y desde los estudios ibéricos, se identifique en términos afectivos o políticos como vinculado a cualquiera de las naciones ibéricas o a ninguna de ellas. Pruébese a apuntar, si no se concuerda con lo anotado, el nombre de un solo iberista -de los iberismos político, cultural, sentimental, europeoista...- cuyo discurso conserve efectiva actualidad en (o mejor 'para') el momento presente.

En cualquier caso, e interesa no perderlo de vista, también esa clase de textos -los citados y otros de su estirpe- producen efectos, y, en consecuencia, sustentan una cierta 'historia efectiva' (la nutrida por los hechos históricos y por lo que sobre ellos se ha escrito y leído), si quiere expresarse en los términos de Paul Ricœur que Mario J. Valdés ha asumido en sus propuestas para una renovación hermenéutica de la historiografía cultural y literaria (en Hutcheon, Valdés 2002, 67). El pensamiento representacionista y narrativista de Frank Ankersmit ha atendido un plano intermedio, previo al de aquellos efectos, más fácilmente comprensible a la luz del holismo asumido por el teórico holandés, según el cual el pasado en tanto constructo narrativo no se puede descomponer en partes sin que ello ocasione una pérdida de su sentido discursivo. Se trata de la dialéctica entre «narrative subjects» y «narrative substances» (Ankersmit 1983, 90-128), originadora a fin de cuentas de la oposición entre realismo e idealismo como orientaciones destinadas a 'representar' la realidad histórica. Las 'sustancias narrativas' trascenderían la simple exposición de hechos para representarlos e interpretarlos coherentemente -es obvio que desde una posición dada- como totalidad ordenada y estructurada que se muestra de un modo específico y alcanza un sentido. Su peso en la historiografía moderna y posmoderna es palmario como principio organizador y teleológico de aquello que se aspira a (dar a) conocer; para Ankersmit, en forma de 'sustitución' de los hechos efectivos apoyada en las destrezas narrativo-estructurantes del historiador.²⁸ En el fondo, de lo que estamos hablando a propósito

28 Lo señalado sería asimismo de aplicación a la historiografía literaria, incluida la de base comparatista y por descontado la concentrada en espacios específicos, como el ibérico. Si aceptamos los presupuestos de Ankersmit, todas 'representarían' la realidad histó-

de los argumentos de Valdés o los de Ankersmit, bajo distintos prismas, es de la influencia de Michel Foucault (Neubauer 1998) y la filosofía pragmatista del lenguaje sobre los usos lingüístico-retóricos en las prácticas historiográficas posestructuralistas.

3 La disciplina: describir/narrar Iberia y lo ibérico

El segundo de los aspectos anunciados en la parte final del primer epígrafe de este capítulo afecta a la cuestión disciplinar, comprendidas aquí las dimensiones inter-, trans- y supradisciplinar. Por tanto, entra en juego a este respecto la decisión sobre el objeto de los estudios ibéricos y su alcance efectivo. Por ejemplo, habría que determinar si con ‘estudios ibéricos’ queremos designar apenas unos ‘estudios literarios/culturales ibéricos’, o unos ‘estudios comparados ibéricos’, o quizás unos ‘estudios historiográfico-literarios ibéricos’, comparados o no, o, en fin, unos ‘estudios [ibéricos] de área’ u otra cosa distinta. Pero entra ya también en juego, en fase previa, decidir cuál sea el vínculo de los estudios ibéricos con la historia en sentido general y con el conjunto de las ciencias sociales, a menudo implicadas ellas mismas en el marco posible de unos Area Studies, en el de las relaciones internacionales o incluso en el horizonte de los estudios culturales, como ya se ha apuntado.

Resolver todo ello, declararlo *a priori*, presupone igualmente clarificar una instalación más o menos historicista, más o menos positivista, más o menos filológica, más o menos sociológica de lo que se aspira a concretar. Y se hace evidente que en este hilo hay aspectos no solo disciplinares sino también heurístico-metodológicos. Tal vez el más relevante de ellos sea resolver si la historia funcionaría como hipóstasis o al menos como punto de fuga de la propuesta que los estudios ibéricos –los que fueren– llegasen a materializar. Y de ser así, algo nada improbable contemplado en perspectiva el curso de la historiografía literaria hegemónica, si lo haría como si no se hubiera producido ninguna crisis epistemológica y discursiva en el campo historiográfico general durante los últimos cien años. Por ejemplo, como si no existieran ni la historia conceptual ni la historia de las ideas; ni la historia cultural y de las mentalidades ni las reservas sobre la acep-

rico-cultural desde la construcción e interpretación del historiador, que, para lo que aquí importa, podría estar determinada por lecturas ideológico-cartográficas concretas; si se quiere, por la propia fuerza icónica de los mapas (no será ocioso recordar en este punto la asimilación de la teoría del arte de Arthur Danto y Nelson Goodman por parte de Ankersmit). Desde posiciones identificadas como filosofía posnarrativista de la historia, Jouni-Matti Kuukkanen (2015, 44-9) ha revisado críticamente la noción de ‘sustancia narrativa’ y, a la vez, los tres rasgos centrales (indescomponibilidad, analiticidad e infalsabilidad) que en su criterio caracterizarían el holismo de la filosofía narrativista de la historia.

tabilidad de una historia apenas *événementielle*; como si no se hubieran dado debates sobre la propia autoridad discursivo-historizante, sobre la plausible fundamentación retórica de toda historiografía, a la que se acaba de hacer referencia; sobre la radical textualidad de la historia –que en los términos de Alun Munslow (2013) consistiría en *authoring the past*–,²⁹ sobre la inexcusabilidad de una discursividad historiográfica narrativa o posnarrativa (Kuukkanen 2015);³⁰ como si no hubieran existido *giros* de la clase del espacial, el funcionalista-sistémico, el retórico-práxico...; ni tampoco hubieran pasado ante nosotros el materialismo histórico, ni la teoría crítica, ni la hermenéutica no reconstructiva, ni el nuevo historicismo; ni los complejísimos diálogos entre historia y antropología, o entre historia y sociología, o en otra vertiente entre historia y estructuralismo; ni el análisis cultural y el análisis crítico del discurso; ni las series contrahistóricas vinculadas a revisiones de la exclusión sistemática de sujetos históricos en razón de su identidad de género, etnia, orientación sexual...; ni las reservas previas de Nietzsche sobre la historia, ni las posteriores de Lévi-Strauss, de Foucault o de Deleuze, ni las observaciones de Michel de Certeau sobre el corporativismo institucional de los historiadores (también de los literarios, por supuesto), o las de los filósofos latinoamericanos de la liberación y el método analéctico, o las de Paul Ricoeur sobre la dialéctica memoria-historia-olvido, entre tantos, ni, en fin, la deconstrucción.

Destaco de forma tan poco sucinta todo lo anterior por dos motivos. Primero porque en los últimos veinticinco años se ha producido un caudal importantísimo de contribuciones sobre teoría y filosofía de la historia, también de propuestas historiográficas muy diversas, susceptibles de ser aplicadas a campos emergentes como el de los estudios ibéricos; propuestas que a menudo se ignoran fuera del sector teórico y académico de origen. En segundo término, regresando a la autoridad que representa la actual presidenta del Comité de Coordi-

29 «History, I hope, will be re-thought with the understanding that form always precedes content, and that it is an authorially, ethically, and aesthetically constituted intervention» (Munslow 2010, 221).

30 Entendible como una firme enmienda de las teorías posmodernas de la historia, la historiografía de fundamentación posnarrativista configuraría según Kuukkanen un marco de conocimiento ‘presentacional’ (no representacional) de evidencias y, desde la perspectiva de una tipología discursiva, una práctica argumentativa no asimilable a los usos literarios del lenguaje. Frente al holismo de Ankersmit y su postulación de que la historia sea una sustitución discursiva de los hechos históricos, Kuukkanen reafirma el compromiso empírico (aunque también persuasivo y performativo) de los historiadores con una comprensión sintetizadora y coligatoria del pasado. Esto último supone una reconsideración del constructivismo posmoderno y de su engarce retórico, reorientado en dirección argumentativa y ya no narrativa. A esta luz, conceptos coligatorios como ‘Ilustración’, ‘Rexurdimento’ y otros (incluido ‘iberismo’, por ejemplo) ganarían aceptabilidad posnarrativista si no se activasen como metarrelatos sustitutivos y fuesen conducidos, por así decirlo, a la arena explicativo-argumentativa.

nación para una Historia Comparada de la AILC, porque podría ser que, en la historiografía literaria actual, comparatista o no, se esté perdiendo el sentido de lo que sea la historicidad misma (Simonsen 2015). Ignoro en qué sentido exacto esto último podría suponer una corrección de lo que en algún momento se conoció como propuesta Valdés-Hutcheon, y en otra altura como propuesta Ricœur-Valdés, en lo relativo a una reorganización discursiva de la historicidad de las culturas literarias (Valdés 2002). Recuérdese en todo caso que, en la postulación de una historia comparativo-cultural de la literatura por Mario J. Valdés, esta se perfila como el estudio interdisciplinar de la producción y la recepción del imaginario cultural en contextos sociales específicos. Tradicionalmente, los historiadores habrían sido, en el mejor de los casos, los *mediadores* entre los acontecimientos y una cierta experiencia de la temporalidad por parte de las sociedades, por lo que su labor originó no pocas veces, observa Valdés (1999), un *emplotment* de los sucesos históricos destinado a que estos cobrasen un significado simbólico. Esa idea de la historia en tanto representación sometida a un principio organizador -recuérdese lo visto a propósito de las sustancias narrativas de Ankersmit- habría fomentado lo que Valdés ha calificado como 'autoridad narrativa explicativo-causal', y está en los fundamentos de rectificaciones como la 'enciclopédica' y la 'experimental' de la historiografía reciente. Es interesante que en la presentación de una filosofía posnarrativista de la historia debida a Kuukkanen se mantenga una apelación a la autoridad, si bien en tanto 'autoridad epistémica', comprometida con la argumentación y con una racionalidad situada o contextualizada más que con una determinada instancia enunciativa. Se trataría en suma de una autoridad emanante del enunciado y no de la instancia enunciativa y su prestigio, aura o necesidad de llamar la atención, algo que como mínimo parece saludable.

¿Por qué interesa regresar a estas consideraciones en este momento? Básicamente por la necesidad de persistir en la advertencia contra cualquier forma de control discursivo-institucional jerárquico -nacionalista o no, posnacionalista o no, cosmopolitista o no- en el rumbo futuro de los estudios ibéricos. La formalización más gráfica de eso que se señala como jerarquización, o construcción fundamentada en alguna clase de jerarquía cultural, tiene bastante que ver con lo que en términos retóricos se conoce como *detractio* o supresión (supresión de una parte de la realidad, por supuesto), que englobaría figuras como la elipsis y la *praeteritio*. En definitiva, con lo elidido o preterido en el discurso, ahora concretamente en el discurso historiográfico-comparatista sobre culturas ibéricas.³¹ Para

31 Se trata de heurística, ciertamente, pero también de lo que Kuukkanen distingue como 'autoridad epistémica'.

ser precisos, la referencia es la jerarquización compareciente en el discurso crítico-historiográfico o comparatista como algo ínsito al régimen de concurrencia de las culturas. Es obvio que los diversos factores de un sistema cultural, en términos de comparación, se organizan de forma jerárquica con los correspondientes a otros sistemas culturales; de ahí que, sin ir más lejos, se produzcan fenómenos de interferencia entre culturas o se traduzca más de una lengua a otra que de esta a aquella. Pero son dos planos diferentes, con toda obviedad, el de la convivencia/conflicto entre culturas y el de lo que se diga (y cómo se diga) sobre ello.

La cuestión de fondo, una de ellas, residiría en primera instancia en decidir si los estudios ibéricos son delimitables con independencia de cuál sea el número de culturas consideradas bajo el prisma de su interrelación. Sin que ello signifique un rechazo absurdo de los estudios sobre relaciones bilaterales (o trilaterales, o lo que fuere), la respuesta debiera ser que no. Habría estudios ibéricos allí donde se contemple el dominio ibérico en su diversidad cultural, no una parte. Si no se hace algo semejante, si al menos no se materializa como presente en términos dialécticos la totalidad ‘peninsular’, lo que tendremos serán unos estudios legítimos, pero de otra marca.³² La razón es homóloga a la que socorrería a quien rechazase clasificar como literatura europea comparada el simple estudio de las relaciones bilaterales entre la literatura lituana y la letona, o entre la alemana y la francesa. Con todo, el problema no concluye ahí. ¿A qué hace referencia la ‘diversidad cultural’ ibérica? ¿Solo a la diversidad nacional? ¿A qué nos referimos en fin cuando hablamos de ‘partes’ del dominio ibérico? ¿Constituyen ‘parte’, además de las naciones, las regiones y sus culturas para los estudios ibéricos? ¿Constituye parte la población inmigrante? ¿Constituyen parte el pueblo y la cultura gitanos? ¿Los mundos y nuevas culturas de las distintas y sucesivas diásporas, no solo las últimas, constituyen parte? ¿La expansión imperial y colonial? ¿La memoria actual de todo ello? Además de lo anterior, solo en cierto sentido inscrito en la cuestión del canon, sobreviene otro viejo asunto. Es reiterativa entre los especialistas la mención de la (inter)relacionalidad de los estudios ibéricos. Sin embargo, esa pauta podría ser restrictiva sin pretenderlo, en especial si en perspectiva comparatista deja fuera todo cuanto Claudio Gui-

32 Piénsese, por ejemplo, en estudios que contemplen la relación entre las culturas gallega y portuguesa, ampliadas o no al resto de la comunidad lusófona (Torres Feijó, Samartim 2018); o entre las culturas portuguesa y catalana (Martínez-Gil 2010; Gimeno Ugalde, Silva, Lopes 2013); incluso en estudios centrados en las relaciones entre las culturas gallega, vasca y catalana, históricamente vinculadas al desarrollo del pacto Galeuzca (1933), con antecedentes en la Triple Alianza de 1923, a iniciativa de Acció Catalana, e incluso previos. ¿Son propiamente estudios ibéricos? Ni lo parece ni, en general, se presentan como tales.

llén designó bajo el marbete de ‘supranacionalidad’; si deja fuera, en otro plano, el análisis de medios, mediaciones, intermedialidades e híbridos literarios (Cornis-Pope 2014). ¿O es que los estudios ibéricos no pueden ocuparse de fenómenos de ese tenor al margen de los límites nacionales y las relaciones que se estimen?

Parece excusable recordar que una parte no menor de los estudios ibéricos, autoidentificados como tales, se ha contentado no pocas veces con el expediente del simple contraste o comparación bilateral y bipolar entre dos culturas sublimadas por su índole estatal, la portuguesa y la española, orientación promocionada ya por los Latino Coelho, Antero de Quental, Oliveira Martins y posteriormente António Sardinha y Fidelino de Figueiredo, con alguna frecuencia bajo consideraciones un tanto fantasmagóricas o de grosera subordinación –seguidas o no de palinodia–, preludiadas por la autoimagen/heteroimagen de Portugal como una ‘España atenuada’, que comenta el último de los comparatistas mencionados. Valdría la pena pensar si ello, como ya la propia ‘invención’ del dominio ibérico como entidad unitaria, está sustentado en la literatura de los viajeros extranjeros que recorrieron la península a lo largo del siglo XIX y fundamentaron una imagología ibérica castellanocentrista. Por otra parte, correspondería pensar también en los propios pioneros de la historia literaria peninsular (Bouterwek, Sismondi, Ticknor), de nuevo extranjeros, y el dato es de notable interés, que cruzando o no el territorio físico y sus centros de saber establecieron las bases de las historiografías literarias nacionales de ulterior desarrollo, casi siempre primando un conocimiento de las culturas ‘otras’ peninsulares a partir de la cultura de expresión castellana. En cualquier caso, el mencionado no es el único formato de preterición, por mucho que sea el que mayor tranquilidad parece llevar a determinadas concepciones y mentalidades. Resulta peculiar en relación con lo que se repasa el caso de Ignasi Ribera i Rovira (1880-1942), de quien es bien conocido su *Iberisme* (Barcelona, 1907), con prólogo de Teófilo Braga, o también *O genio peninsular* (Porto, 1914), pero no tanto sus *Ensayos iberistas. Portugal y Galicia nación: Identidad étnica, histórica, literaria, filológica y artística* (Barcelona, 1911).³³ En el prólogo de este breve volumen comparacen, bajo diferentes fórmulas, desmesuradas por momentos, variantes de la *detractio* referida. Todo bajo la postulación de la existencia de una disputa de hegemonía espiritual sostenida en el territorio peninsular entre Portugal y Cataluña –entendido que Galicia formaría con Portugal una nacionalidad única– y ante la interpretación de que la independencia política de 1640 proporcionó a Portugal riqueza y

33 El libro reafirma lo expuesto en una conferencia dada en el Real Instituto de Lisboa en 1907 que había concitado en contra del autor una acerba campaña de los periódicos alineados con el nacionalismo español.

progreso económico y cultural. Ribera i Rovira argumenta que un fenómeno como aquel trasladado al siglo xx podría llevar a otros territorios peninsulares resultados similares. Lo relevante, para lo que aquí se argumenta, es que lo hace sin mencionar casi nunca una España preterida, visibilizada apenas como referente de oposición nacional.

Bajo otros condicionantes y propósitos, esto mismo –la *detractio*– siguió siendo moneda corriente, de entonces a hoy, en la serie historiográfico-literaria referida a las literaturas peninsulares de condición ‘periférica’ (la catalana, la gallega, la vasca), aunque no solo, como enseguida se puntualizará. La opción tiene (y obedece a) su lógica, por supuesto, aunque en términos empíricos obviar la concurrencia de autores y lectores, pero también de repertorios, críticos, sellos editoriales o instituciones, y el propio conflicto cultural (por ejemplo, entre las culturas catalana y española en territorio catalán), tal vez no sea la única forma de contar qué sea y cómo ha llegado a ser lo que es tal o cual cultura o literatura. La catalana, por ejemplo. Pero, atención, la española (la de expresión castellana) también; pues esta, como cualquiera en cualquier lugar, tiende a autopresentarse bajo el expediente doble de una naturalización no necesitada de justificación –como si preexistiera absolutamente a todo acto historiográfico– y una ausencia de conflictividad en su área también ‘natural’ de implantación. Obviamente, no se pretende aquí juzgar en sentido ético lo que se está describiendo.

Lo que interesa en realidad es la pregunta sobre qué sea lo que debe constituirse en objeto de consideración para la historia literaria y para la historia literaria comparada, incluida como es lógico la referida al dominio ibérico. Si lo fueran simplemente las obras y sus autores, con sus vidas y cenáculos, o poco más, nada habría que objetar a lo que mayoritariamente se viene haciendo desde hace casi un par de siglos. Si por el contrario se aspira a entender la dimensión sistémica de lo literario habrá que preguntarse como mínimo qué sistemas hay en juego y qué relaciones mantienen entre sí.³⁴ Pa-

34 La reprobación por Gabilondo de los estudios ibéricos, por él leídos como reajuste ecoico de unos Area Studies, se fundamenta, entre otros apoyos argumentativos merecedores de consideración atenta, en una preconceptualización banalizadora de la metodología sistémica. En concreto, derivada de que los estudios ibéricos forzarían la configuración de un área monosistémica (Gabilondo 2013-14, 26) y aislacionista (29), subsidiaria de las lógicas del Estado español y en definitiva de su exceso nacionalista: «This nationalist excess emphasizes the impossibility of a (mono-) systemic and homogeneous approach such Iberian studies or, even, (Spanish) Cultural studies. Rather, it foregrounds the politics of systemic answers: they represent, in their systemic nature, an attempt to revive ‘Hispanism’ by other means, that is, an old-fashioned project whose subject is the Spanish state. Thus, Iberian or cultural studies, in so far as they stand for Hispanism, must be denounced and analyzed as historically impossible – or as the project of an impossibility – which the nationalist excess of Spain continues to undermine and undo» (26). No negaré que ello pueda darse en estos términos en determinadas propuestas de análisis autocalificadas de sistémicas (y que no lo son). Lo que

rece innegable, tal como mantiene Isaac Lourido (2014), que la concurrencia de sistemas –o de campos, de aceptar la idea reiterada por Bourdieu según la cual el campo (de poder, jurídico, cultural...) llega hasta donde llegan sus efectos– produce siempre un conflicto cultural y que ese conflicto es inusual que se desarrolle entre iguales. Precisamente por ello, el análisis específico de tal concurrencia debería diseñarse con las oportunas herramientas heurístico-metodológicas y discursivas, que Lourido (2014, 361-98) ha esquematizado con todo detalle en relación con el caso gallego. Tales herramientas, desde luego, no se reducen a las habituales en operativos de corte tradicional, pero tampoco serían asimilables a las propias de la solución provista por Gabilondo (2009) desde una perspectiva posnacional y decolonial combinatoria de parámetros geopolíticos y biopolíticos.³⁵ En el sentido anticipado, la reiterada relacionalidad de los estudios ibéricos entiendo que no debiera reconducirse (ingenua o interesadamente) a epifenómenos de convergencia, concordancia y convivencia, sino también –se diría que en especial también– a justo todo lo demás. Que para ciertas sensibilidades epistémico-políticas resulte perturbador unificar ese supuesto excedente bajo etiquetas como ‘conflicto’ resulta perfectamente comprensible.

es evidente es que la aplicación de la episteme sistémica no tiene por qué conducir a eso. De hecho, no debería conducir a nada de eso, como muestran desarrollos teóricos y aplicados que Gabilondo no tiene en cuenta, los más relevantes de los cuales para lo que aquí estamos debatiendo se han planteado a propósito de la cultura y la literatura gallegas (Lourido 2014), casi siempre, por cierto, bajo una lente crítica, comparecien- te de forma muy clara por ejemplo en González-Millán 2001.

35 No si ello conduce a formular propuestas como que Emilia Pardo Bazán deba ser resituada «as a Galician writer, and only secondarily as Spanish» (Gabilondo 2009, 254) o a hacerse preguntas del tipo de si Galicia constituye un sistema literario doble (251). Para este viaje no habrían sido precisas tantas alforjas teóricas. De entrada, un territorio no constituye de suyo un sistema literario ni nada semejante. Los sistemas culturales tienen o no implantación (funcionan, tienen efectos) en determinadas áreas geoculturales, y lo hacen con agentes, repertorios e instituciones que pueden ser plurales en términos identitarios, lingüísticos, etc. En Galicia funciona un sistema literario en el que se da concurrencia (conflicto) entre elementos como los citados y otros varios (mercado, por ejemplo). Parte de esos elementos (escritoras, instituciones, editoriales...) actúan estrictamente en territorio gallego y parte no. Estos últimos actúan también, por ejemplo, en Madrid, Las Palmas o Bilbao (en el territorio de soberanía española en su conjunto), razón por la cual se tiende a considerar que configuran el sistema literario español, del cual en su día fue agente muy destacada Pardo Bazán, partícipe asimismo –y solo lo negarán quienes equiparen erróneamente sistema literario a literatura nacional– en el sistema literario gallego contemporáneo. Defender o sugerir que exista una relación de biunivocidad entre sistema (o campo) y territorio es inexacto y promueve confusiones de las que no es sencillo desembarazarse.

Lo anterior engarza de modo directo con la delimitación geocultural o geopolítica del espacio que se desee estudiar. Entramos aquí, sin duda, en uno de los más intrincados (y espinosos) aspectos de la traza o planificación que se aspira a formalizar. ¿Por qué? Pues porque con él se conjugan dos vertientes decisivas. Tanto que es frecuente naturalizarlas, darlas por sabidas y aceptadas por todo el mundo..., menos por 'el otro', por algún otro implicado también en el asunto, básicamente un otro nacional (individual o colectivo/comunitario), contemplado a menudo como un otro nacionalista. Y no parece secundaria ni impropia aquí la mención de que los diálogos entre esas alteridades -si los hubiera y se fundaran en el igualitarismo, incluso para abordar las complejíssimas relaciones entre nacionalismos concurrentes- están con bastante frecuencia trufados de reduccionismos y *misreadings*. De esas dos vertientes una es, en efecto, la de la nación y las identidades en juego (que podrían ser posnacionales, e incluso posimperiales, entre otras cosas). La otra es la de los mapas, las cartografías habilitadas, también (antes) el mapeo, problema este de envergadura, que es frecuente relativizar, minimizar, obviar, dando por hecho que los mapas son simplemente la representación acrítica y desideologizada de una realidad física, y no resortes susceptibles de ser instrumentalizados por el poder. Respecto de ello habría que reactivar de nuevo la atención mencionada a la significancia, red mediada por afectos y pulsiones no siempre conscientes, que dice sin decir, también por supuesto desde un mapa.

En efecto, se tiende a pensar que la cartografía evidencia solo realidades geoculturales o geopolíticas firmes, cuando ello resulta cuestionable. Comenzando por la propia disposición y técnica cartográficas y siguiendo por la entidad y los límites de aquello que designamos con nomenclatura de procedencia geográfica. Una isla no hay duda de que lo es, si bien habrá quien considere que a partir de unas ciertas dimensiones deje de parecerlo (América, por ejemplo). Otro asunto aparentemente trivial, pero que a menudo se olvida, es que incluso una isla, grande o pequeña, puede estar dividida en territorios (y estados) que culturalmente viven de espaldas entre sí, que se ignoran y apenas mantienen lo que denominamos 'relaciones interculturales'. Esto mismo pasa, por cierto, dentro de ciertos estados que no son islas. Cabe afirmar que la contigüidad sólida (o terrestre) no garantiza ni mayor cohesión ni más intensa relación intercultural que la contigüidad líquida (o marítima), como de sobra demuestran casos como los de las islas La Española (con los estados de Haití y República Dominicana) y Nueva Guinea (que reparte su territorio entre Indonesia y Papúa-Nueva Guinea).

Pues bien, con las penínsulas (más aun con las 'sinecdóquicas') todo se complica. En primer lugar, porque es más fácil determinar donde acaban que donde empiezan. Piénsese en la Península Itálica, por ejemplo, o en la Balcánica. Y desde luego en la Ibérica. Dos

estados, Portugal y España, en realidad alguno más (Reino Unido, Andorra, incluso Francia, con su franja meridional, que Estrabón se figuraba largamente ístmica), reparten el territorio denominado Península Ibérica. Como todos sabemos e incluso contribuimos a reforzar, cuando los comparatistas piensan esta península casi siempre hacen abstracción de estos detalles, y el de Francia³⁶ no es de escasa tan menor como el que puedan significar Andorra y Gibraltar. Lo hacen incluso en lo relativo a los territorios de cultura y lengua vasca y de cultura y lengua catalana -Iparralde y Rosellón- situados al norte de los Pirineos.

Giremos el foco de atención hacia algo más relevante. Según he tratado de razonar en diversos lugares (Casas 2003, 2009), la radiación geográfica y geocultural de un territorio nunca es unívoca. Dicho gráficamente, y abstrayéndonos ahora de las culturas insulares supuestamente ibéricas,³⁷ ninguna de las culturas peninsulares es solo peninsular, ninguna es solo peninsular-ibérica. Si antes se introdujo la consideración de los vínculos marítimos fue por esto mismo. Y a ello habría que añadir, también se ha apuntado, la propia continuidad territorial de las culturas más allá de las fronteras político-administrativas. El caso catalán resulta patente, visto desde los límites septentrionales, meridionales, occidentales u orientales de la actual comunidad autónoma de Cataluña.

Pero tanto o más importante que lo anterior parece la observación de lo que las cartografías tradicionales dejan fuera y la ingente creatividad que en este campo se está activando. Esto no solo desde el pensamiento académico, sino además desde colectivos culturales e incluso redes colaborativas abiertas, con el objetivo de evidenciar relaciones de poder y su 'geometría', por emplear aquí la expresión debida a Doreen Massey (2010). Suelen operar con apoyo en una nueva concepción de lo que un mapa está capacitado para ser y hacer, buscando alternativas que desde el territorio (no únicamente el urbano) apuesten por una transformación de la realidad social, cultural y política, en ocasiones a través de la denuncia y de una forma de resistencia más o menos organizada. En este orden se revelan útiles las propuestas de David Harvey ([1973] 1988, 22-7) sobre la correlación entre la vieja imaginación sociológica de la que habló Charles

36 En términos rigurosamente geográficos, sería la zona más estrecha del istmo la que marca el límite entre península y continente. Lo cierto es que el segmento istmeño que atraviesa de Cantábrico a Mediterráneo por Mont-de-Marsan y Narbona mide 376 km, mientras que el 'pirenaico', que lo hace pasando por Irún y Cadaqués, unos 100 km al sur del anterior, mide 432 km.

37 Varias de ellas ultraperiféricas para la Unión Europea, recuérdese. No parece necesario detenerse a explicar que la implicación con lo ibérico de partícipes de las culturas azoriana o canaria es en principio de raíz muy distinta a la que puedan experimentar individuos culturalmente establecidos en la península.

Wright Mills y una imaginación geográfica y cartográfica. Lo mismo que las de Massey y su concepción relacional del espacio, abierta al flujo de heterogeneidades, multiplicidades e historias simultáneas. Y también lo son las derivadas de las cartografías rizomáticas a partir del pensamiento de Gilles Deleuze y Felix Guattari, no solo en lo relativo a las correlaciones entre territorialización, desterritorialización y reterritorialización. El rizoma-mapa fomenta en lo básico la suspicacia frente a toda cartografía de la representación y se abre al 'devenir' de acontecimientos imprevistos y a un nuevo reparto de relaciones y procesos³⁸ cuya misión también sería, como la propia del historiador, «volver enunciable lo no dicho» (Canavera 2012, 34).

Giremos, para finalizar, del plano geopolítico al biopolítico, y por tanto a la gestión de las vidas y su reproducción (también en términos socioculturales) en el marco de una sociedad de la información/propaganda. De lo que se trata –y aquí coincido en cierta medida con el examen de Gabilondo (2016)– es de poner a hablar la subalternidad y una historia no identitaria (*diferencial*, observa Gabilondo) bajo perspectiva posnacional y fronteriza para, entre otras cosas, liberarse del orden simbólico del 'Estado español posimperial' (Gabilondo 2013) y a la vez impugnar la secundarización crítica de desarrollos teóricos como los feministas y *queer*, entre otros. En efecto, la idea de deshacer las semejanzas homogeneizadoras constituye una parte relevante de toda mirada historiográfico-comparada, y afecta, además, de entrada, al sello patriarcal, misógino, clasista y homóforo de casi toda historiografía cultural oficializada.³⁹ Pero, a este respecto, más que interesar la fundamentación en el criterio filológico-textocentrista de las series historiográficas ibéricas (por lo cual, por ejemplo, una historia de la literatura portuguesa estudiaría solo producción escrita en lengua portuguesa), lo que importaría es –desde luego en términos biopolíticos y sociológicos– en qué modo producir/consumir comunicación, arte, literatura... significa intervenir en un campo social determinado. Todo lo anterior en relación obvia con el campo económico, con el campo del poder político y con el campo de producción ideológica como condicionantes de formas de vida concretas, distintas, irreductibles, pero siempre políticamente determinadas, como los propios cuerpos. Y como condicionantes asimismo de la constitución de subjetividades y de lo que con Jacques Rancière (2000) pudiéramos apelar como 'el reparto de lo sensible', algo que afecta a las relaciones entre política y estética.

38 Enric Bou (2012, 49-77) se inspiró, por cierto, en estas propuestas, y en la oposición entre espacio liso o nómada y espacio estriado o sedentario, en sus observaciones sobre la presencia y el simbolismo de los ríos en literaturas como las ibéricas.

39 Desde luego también de las practicadas en la Península Ibérica, como a propósito de la historia literaria gallega ha dejado demostrado Helena Miguélez-Carballeira (2013).

En un trabajo centrado en las nociones de autoría y lectura, Bourdieu ([1997] 2001, 103-11) afirmó que leer significa entender el universo literario en el cual y contra el cual se conformó la propuesta creadora de un autor en el espacio de los posibles propuesto objetivamente por el propio campo en aquellas coordenadas. El espacio de los posibles debiera ser a su vez un objeto particularmente central en la descripción emprendida por cualquier contribución analítica adscrita a los estudios ibéricos. También para discernir que no existe casi nunca homología plena entre las condiciones de producción y consumo existentes en la literatura vasca y en la literatura gallega, por caso. Porque deshacer las semejanzas debería conducir también a esto, a entender que la diferencia cultural se suma a la diferencia socioeconómica y a los protagonismos también diversos de las distintas clases sociales en discursos como el identitario. Introducir el factor biopolítico en el debate sobre el perfil de unos estudios ibéricos debería conducir, sin duda, a entender como constitutivamente heterogéneas las sociedades actuales. Por tanto, también a precaverlos contra toda tentación de narrativa única (también cara adentro). Y ello de forma específica en el terreno cultural, pero con implicaciones inmediatas en vertientes como la étnica, la de género, la sexual y por supuesto la socioeconómica, incluyendo fenómenos de inmigración, emigración y, ya en otro orden, de exilio y de persecución y represión de ideas políticas, con espacio para el modo en el que se determina lo que puede ser dicho e incluso lo que puede ser pensado en un Estado determinado. Con espacio igualmente para considerar en qué medida los medios de comunicación social constituyen hoy un instrumento privilegiado de las sociedades de control descritas por Deleuze y de la propia economía de los afectos y los deseos. Con ello nos deslizaríamos de una biopolítica entroncada en el pensamiento de Foucault sobre las sociedades disciplinarias a la noopolítica, tal como la interpreta Maurizio Lazzarato (Castro-Gómez 2009), y por tanto estaríamos ante un escenario en el que la producción prioritaria ha dejado de ser la de mercancías para pasar a ser la de los públicos dirigidos y los mundos en los que estos se reconozcan.

Referencias bibliográficas

- Abuín González, Anxo; Tarrío Varela, Anxo (eds) (2004). *Bases metodológicas para unha historia comparada das literaturas na península Ibérica*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela.
- ACIS, Association for Contemporary Iberian Studies (2013). «Constitution of the Association for Contemporary Iberian Studies (ACIS)». URL <https://www.iberianstudies.net/wp/wp-content/uploads/2014/04/Constitution-and-Standing-Orders-as-amended-by-AGM-September-2013-with-ACIS-Logo.pdf> (2018-09-03).

- AIEG, Asociación Internacional de Estudos Galegos (s.d.). «Estatutos de la Asociación Internacional de Estudos Galegos». URL http://docs.wixstatic.com/ugd/361080_2e2cb49819f894c5e3677468c739297.pdf (2018-09-03).
- Amossy, Ruth (2010). *La Présentation de soi. Ethos et identité verbale*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Ankersmit, F.R. (1983). *Narrative Logic: A Semantic Analysis of the Historian's Language*. La Haya; Boston; London: Martinus Nijhoff Publishers.
- Barthes, Roland [1973] (2018). s.v. «Texte (Théorie du)». *Encyclopædia Universalis*. URL <https://www.universalis.fr/encyclopedie/theorie-du-texte> (2018-09-03).
- Benjamin, Walter [1931] (1999). «Literary History and the Study of Literature». Jennings, Michael W.; Eilan, Howard; Smith, Gary (eds), *1931-1934*. Vol. 2, Part 2 of *Selected Writings*. Cambridge (MA): London: Harvard University Press, 459-65.
- Bou, Enric (2012). *Invention of Space: City, Travel and Literature*. Madrid; Frankfurt am Main: Iberoamericana; Vervuert.
- Bourdieu, Pierre (1984). *Homo academicus*. Paris: Les Éditions de Minuit.
- Bourdieu, Pierre (1991). «Le Champ littéraire». *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 89, 3-46.
- Bourdieu, Pierre [1997] (2001). *Mediações pascalianas*. Río de Janeiro: Bertrand Brasil.
- Bourdieu, Pierre (2012). *Sur l'État. Cours au Collège de France 1989-1992*. Éd. par Patrick Champagne, Remi Lenoir et Franck Poupeau. Paris: Raisons d'agir, Éditions du Seuil.
- Bourdieu, Pierre; Wacquant, Loïc [1992] (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- Cabo Aseguinolaza, Fernando; Abúin González, Anxo; Domínguez, César (eds) (2010). *A Comparative History of Literatures in the Iberian Peninsula*, vol. 1. Amsterdam; Philadelphia: John Benjamins.
- Canavera, Julien (2012). «Lo que significa 'hacer' historia de la filosofía: Deleuze y la cuestión del método». *Daímon. Revista Internacional de Filosofía*, 55, 21-37.
- Casas, Arturo (2003). «Sistema interliterario y planificación historiográfica a propósito del espacio geocultural ibérico». *Interlitteraria*, 8, 68-97.
- Casas, Arturo (2009). «Constituição de umha História literária de base sistémica: o sistema cultural como objecto de análise histórica no programa de investigação de Itamar Even-Zohar». *Veredas. Revista da Associação Internacional de Lusitanistas*, 10, 25-54.
- Castro-Gómez, Santiago (2009). «Disciplinas, biopolítica y noopolítica en Maurizio Lazzarato». Mendiola Gonzalo, Ignacio (ed.), *Rastros y rostros de la biopolítica*. Barcelona: Anthropos, 71-92.
- Cornis-Pope, Marcel (ed.) (2014). *New Literary Hybrids in the Age of Multimedia Expression: Crossing Borders, Crossing Genres*. Amsterdam; Philadelphia: John Benjamins.
- Cornis-Pope, Marcel; Neubauer, John (2002). *Towards a History of the Literary Cultures in East-Central Europe: Theoretical Reflections*. New York: American Council of Learned Societies. Occasional Paper 52. URL https://www.acls.org/uploadedFiles/Publications/OP/52_Literary_Cultures_in_East_Central_Europe.pdf (2019-04-29).

- Cornis-Pope, Marcel; Neubauer, John (eds) (2004-10). *History of the Literary Cultures of East-Central Europe: Junctures and Disjunctures in the 19th and 20th Centuries*. 4 vols. Amsterdam; Philadelphia: John Benjamins.
- Delgado, Luisa Elena (2014). *La nación singular. Fantasías de la normalidad democrática española (1996-2011)*. Tres Cantos: Siglo XXI de España Editores.
- Domínguez, César; Abuín González, Anxo; Sapega, Ellen (eds) (2016). *A Comparative History of Literatures in the Iberian Peninsula*, vol. 2. Amsterdam; Philadelphia: John Benjamins.
- Elias, Norbert [1956] (1990). *Compromiso y distanciamiento. Ensayos de sociología del conocimiento*. Ed. de Michael Schröter. Barcelona: Ediciones Península.
- Ercikan, Kadriye; Seixas, Peter (eds) (2015). *New Directions in Assessing Historical Thinking*. New York; London: Routledge.
- Faber, Sebastiaan (2008). «Economies of Prestige: The Place of Iberian Studies in the American University». *Hispanic Research Journal*, 9(1), 7-32.
- Febvre, Lucien (1953). *Combats pour l'histoire*. Paris: Armand Colin.
- Gabilondo, Joseba (2009). «Towards a Postnational History of Galician Literature: On Pardo Bazán's Transnational and Translational Position». *Bulletin of Hispanic Studies*, 86, 249-69.
- Gabilondo, Joseba (2013). «Galdós, Etxeita, Rizal – Madrid, Mundaka, Manila: sobre la negación colonial y las articulaciones (post)imperiales del Pacífico-Atlántico hispánico». *452°F. Revista electrónica de teoría de la literatura y literatura comparada*, 9, 13-41. URL https://www.452f.com/pdf/numero09/09_452f-mono-joseba-gabilondo-es.pdf (2018-09-03).
- Gabilondo, Joseba (2013-14). «Spanish Nationalist Excess. A Decolonial and Postnational Critique of Iberian Studies». *Prosopopeya*, 8, 23-60.
- Gabilondo, Joseba (2016). *Before Babel: A History of Basque Literatures*. S.L.: Barbaroak.
- Giménez Caballero, Ernesto (1947). *Amor a Galicia, progenitora de Cervantes*. Madrid: Editora Nacional.
- Gimeno Ugalde, Esther; Silva, Fátima Fernandes da; Lopes, Francisco Serra (orgs) (2013). *Catalunya, Catalunha*. Vila Nova de Famalicão; Benicarló: Edições Húmus; Onada Edicions.
- González-Millán, Xoán (2001). «Os problemas dunha lectura (poli)sistémica da literatura». Lozano-Renieblas, Isabel; Mercado, Juan Carlos (eds), *Silva. Studia Philologica in honorem Isaías Lerner*. Madrid: Castalia, 301-13.
- Harrington, Thomas S. (2015). «Sistemas periféricos, disciplinamento doutrinal e o futuro dos estudos galegos». *Grial*, 205, 75-85.
- Harvey, David [1973] (1988). *Social Justice and the City*. Oxford: Blackwell.
- Hutcheon, Linda; Valdés, Mario J. (2002). *Rethinking Literary History. A Dialogue on Theory*. Oxford; New York: Oxford University Press.
- Kölbl, Carlos; Konrad, Lisa (2015). «Historical Consciousness in Germany: Concept, Implementation, Assessment». Ercikan, Kadriye; Seixas, Peter (eds), *New Directions in Assessing Historical Thinking*. New York; London: Routledge, 17-28.
- Koselleck, Reinhart [1975] (2004). *historia/Historia*. Madrid: Trotta.
- Kristeva, Julia (1969). *Semiotiké. Recherches pour une sémanalyse*. Paris: Éditions du Seuil.
- Kushner, Eva (1992). «Comparative Literary History among the Human Sciences». Valdés, Mario J.; Javitch, Daniel; Aldridge, A. Owen (eds), *Comparative Literary History as Discourse. In Honor of Anna Balakian*. Berna: Peter Lang, 69-80.

- Kuukkanen, Jouni-Matti (2015). *Postnarrativist Philosophy of Historiography*. New York: Palgrave Macmillan.
- Lourido, Isaac (2014). *História literária e conflito cultural. Bases para umha história sistémica da literatura na Galiza*. Santiago de Compostela: Laiovento.
- Martínez-Gil, Víctor (ed.) (2010). «*Uns apartats germans*»: *Portugal i Catalunya / «Irmãos afastados»: Portugal e a Catalunha*. Lisboa; Palma: Instituto Camões; Lleonard Muntaner Editor.
- Martínez Tejero, Cristina; Pérez Isasi, Santiago; Fernandes, Ângela (2018). *Os estudos ibéricos a partir de la periferia. Desafios epistemológicos e novos olhares nos estudos galegos, bascos e catalães = Colóquio Internacional*. Livro de resumos. Lisboa: Centro de Estudos Comparatistas de la Universidade de Lisboa.
- Massey, Doreen (2010). *World City*. Cambridge: Polity Press.
- Miguélez-Carballeira, Helena (2013). *Galicia, a Sentimental Nation: Gender, Culture and Politics*. Cardiff: University of Wales Press.
- Munslow, Alun (2010). *The Future of History*. New York: Palgrave Macmillan.
- Munslow, Alun (ed.) (2013). *Authoring the Past. Writing and Rethinking History*. New York: Routledge.
- Neubauer, John (ed.) (1998). *Cultural History after Foucault*. New York: Aldine de Gruyter.
- Onfray, Michel (2006). *Contre-histoire de la philosophie*. 2 vols. Paris: Grasset.
- Ortega, Julio (ed.) (2012). *Nuevos hispanismos. Para una crítica del lenguaje dominante*. Madrid; Frankfurt am Main: Iberoamericana; Vervuert.
- Pérez Isasi, Santiago (2014). «Literatura, iberismo(s), nacionalismo(s): apuntes para una historia del iberismo literario (1868-1936)». 452°F. *Revista electrónica de teoría de la literatura y literatura comparada*, 11, 64-79. URL https://www.452f.com/pdf/numero11/11_452f_Perez_orgnl.pdf (2018-09-03).
- Pérez Isasi, Santiago; Fernandes, Ângela (eds) (2013). *Looking at Iberia. A Comparative European Perspective*. Oxford: Peter Lang.
- Pérez Isasi, Santiago; Gimeno Ugalde, Esther (2017). «IStReS: A Tool for Researchers in the Area of (Literary) Iberian Studies». *39th Annual Association for Contemporary Iberian Studies Conference, University of East Anglia* (Norwich, 4-6 september 2017). URL https://www.academia.edu/34485866/IStReS_-_Iberian_Studies_Reference_Site_a_tool_for_researchers_on_cultural_Iberian_Studies_ (2018-09-03).
- Rancière, Jacques (2000). *Le Partage du sensible. Esthétique et politique*. Paris: La Fabrique Éditions.
- Resina, Joan Ramon (2009). *Del hispanismo a los estudios ibéricos: una propuesta federativa para el ámbito cultural*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Resina, Joan Ramon (ed.) (2013). *Iberian Modalities. A Relational Approach to the Study of Culture in the Iberian Peninsula*. Liverpool: Liverpool University Press.
- Rina Simón, César (ed.) (2017). *Procesos de nacionalización e identidades en la península ibérica*. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Sáez Delgado, Antonio (2014). «Relaciones literarias entre Portugal y España 1890-1936: hacia un nuevo paradigma». 1616: *Anuario de Literatura Comparada*, 4, 25-45.
- Sardica, José Miguel (2013). *Ibéria. A relação entre Portugal e Espanha no século XX*. Lisboa: Alêtheia.
- Simonsen, Karen-Margrethe (2015). «Towards a New Europe? On Emergent and Transcultural Literary Histories». Domínguez, César; D'haen, Theo (eds),

- Cosmopolitanism and the Postnational: Literature and the New Europe*. Leiden; Boston: Brill, 131-51.
- Topuzian, Marcelo (coord.) (2018). «Literatura y Estado», núm. extraordinario, *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 4.
- Torres Feijó, Elias J.; Samartim, Roberto (2018). *Sobre conflito linguístico e planificação cultural na Galiza contemporânea. Dez contributos*. Santiago de Compostela: Através Editora.
- Valdés, Mario J. (1999). «Postmodern Literary History or Reading History as a Hypertext». *Neohelicon*, 26(2), 11-17.
- Valdés, Mario J. (2002). «Rethinking the History of Literary History». *Hutcherson, Valdés* 2002, 63-115.